



Con la cámara
al hombro

Nick Stuart

Sally Phipps



25
CTS

La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.

Barcelona

Tel. 18551

Año II

N.º 20

THE NEWS PARADE
1928

CON LA CAMARA AL HOMBRO

Aventuras de un reporter cinematográfico

Intérpretes:

SALLY PHIPPS y NICK STUART



SUPERPRODUCCIÓN «FOX»

Exclusiva de

Hispano Fox Films, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona

Con la Cámara al hombro

Argumento de la Película

La Prensa! Puente tendido entre el ayer y hoy que millones de almas cruzan diariamente impulsadas por el ansia de saber.

Nick era un obrero que cuidaba de una de las rotativas de un diario. Estaba salpicado de la sangre negra de las noticias después de su captura, pero anhelaba tomar parte en la fúriosa cacería.

Una tarde leía en el periódico recién tirado:

Un reporter cinematográfico relata su peligrosa y accidentada carrera.

Incendios, inundaciones y tormentas en el mar. Todo ello parte de su trabajo diario.

Después de un año de viajes por el mundo entero en busca de noticias filmables, Edward Reike, el famoso "cameraman" vuelve contando maravillosas hazañas y aventuras.

Nick sonrió con todo el optimismo y la ilusión de su juventud. Estuvo unos instantes pa-

rado como en éxtasis, soñando en una vida semejante.

En tal actitud le sorprendió otro obrero:

— ¿Qué te pasa? ¿Ya vuelven los filmadores de noticias a darte vueltas en la cabeza?

— Pensaba en la cámara que acabo de perfeccionar! — dijo. — Funciona estupendamente!

— Tonterías!

— No lo crea! ¡Una cámara es algo extraordinario... y tan poderosa como la rotativa!

— Me parece que no te has cogido los dedos nunca en ese monstruo de hierro.

— Comprendo que la humanidad no podría pasar sin periódicos... pero las películas de noticias son para mí mucho más interesantes — dijo Nick riendo.

— Pues chico, ¿quién te retiene aquí? — Yo, no, al menos!

— ¡Ciento! ¡Hoy mismo me marcho!

— Magnífico!

— Y recorreré el mundo con mi cámara al hombro... y triunfaré!

— Procura no tropezar...

— Estoy muy seguro de mí.

Y aquella misma noche dejó el periódico para comenzar sus aventuras como reporter cinematográfico.

Dirigióse al otro día, cargado con su cámara a un campo de aviación donde debían celebrarse interesantes vuelos.

El campo de aviación de Curtis, en Nueva York, estaba siempre bajo la ansiosa mirada

de los filmadores de noticias, deseosos de sensacionales acontecimientos aéreos.

Walpole, "El Vivo" era el ayudante en jefe de un servicio informativo cinematográfico, favoreciendo la filmación de las pruebas de un paracaídas... y esperando lo peor.

Dispuesto a comenzar su carrera, Nick fué abriendose paso entre la multitud con su máquina de filmar y su trípode.

—Paso a una venerable señora con tres piernas y un ojo! —decía riendo.

Y la gente, contagiada por su simpatía, le dejaba el paso franco.

Nick se colocó entre la hilera de operadores cinematográficos...

Pasó Walpole ante él y le preguntó:

—¿Quién diablos es usted?

—Tome mi tarjeta.

El otro leyó:

NICK

FILMADOR DE NOTICIAS

Le miró con gesto malhumorado.

—Tenemos comprada la exclusiva de estas pruebas, joven... ¡Conque lárguese!

—Usted no tiene derecho...

—No discutamos más! Si no quiere que alguien se lo haga pedazos, saque de aquí cuanto antes ese cajón de higos.

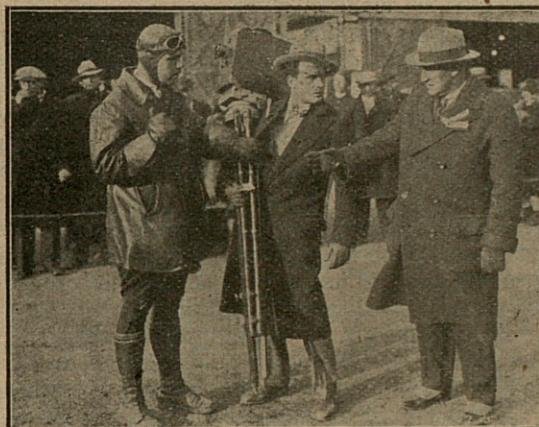
Con la máquina a cuestas alejóse Nick de allí y sin ser visto por Walpole y los demás tomavistas, se dirigió cerca del lugar donde

estaba el avión que iba a efectuar los descensos con paracaídas.

Estaban preparados dos paracaídas en el aeroplano en uno de los cuales Le Croix, el as francés, debía realizar aquel arriesgado ejercicio.

Dispuesto a tomar de cerca el difícil descenso, aprovechando un momento de distracción, Nick metióse en el aeroplano ciñéndose uno de los aparatos paracaídas.

Le Croix subió al avión; momentos después éste remontaba hacia el aire en vuelo majestuoso.



—Tenemos comprada la exclusiva de estas pruebas, joven.

Los operadores preparaban sus objetivos para enfocar la caída del aviador.

Cuando la nave aérea se hubo elevado a algunos centenares de metros, Le Croix se dejó caer en el espacio, sostenido por los tirantes del paracaídas.

Nick se lanzó también del aeroplano llevando la cámara apoyada contra el pecho.

Y mientras descendía iba tomando vistas de la magnífica caída de Le Croix.

Este fué a caer a alguna distancia del campo y Nick lo hizo sobre Walpole y los demás operadores envolviéndoles a todos con la amplia tela de su paracaídas.

Cuando pudieron salir de allí y se dieron cuenta de que aquel hombre no era Le Croix, pusieron el grito en el cielo, especialmente Walpole, que había ordenado antes tomasen el descenso de Nick creyendo que era el as francés y que el otro paracaídas pertenecía al ayudante de Le Croix.

Furioso, mientras Nick acariciaba alegremente su cámara, pretendió quitársela, comprendiendo que aquel muchacho había tomado de cerca unas vistas insustituibles.

Nick protestó, no dejándose atropellar.

—Los derechos que usted puede tener para la tierra, no subdividen aún el aire — le dijo.

Y escapó veloz y satisfecho de su primer triunfo de reporter cinematográfico.

En vano pretendieron darle alcance...

Volaba...

A la otra mañana se presentó en las Oficinas de un gran Noticario Cinematográfico.

El subdirector estaba hablando por teléfono con San Francisco de California, y Nick tuvo que aguardar a que acabase la conferencia.

—¡Flotan barcos! — decía el subdirector. — ¡Alquilen aeroplanos! ¡Gasten todo lo que sea necesario, pero filmen la película!

Dejó el teléfono y miró a Nick.

—¿Qué quiere usted? — le dijo malhumorado.

—He logrado algunos primeros términos del as francés en el aire, sencillamente estupendos.

—¿Y usted quién es?

—Ahora soy un *cameraman* independiente, pero cuando usted haya visto lo que traigo aquí, pediré mi ingreso en sus filas.

Y le enseñó una redonda caja de películas.

El subdirector no le hizo caso creyéndole un muchacho insignificante y fantástico.

—¡Me importa un bledo que haya usted conseguido cazar un primer término!... ¡No quiero verlo!

Apareció Allen, llamado familiarmente por su eterna muletilla "Película a toda costa"; un veterano de la profesión y jefe del cuerpo de Filmadores de Noticias.

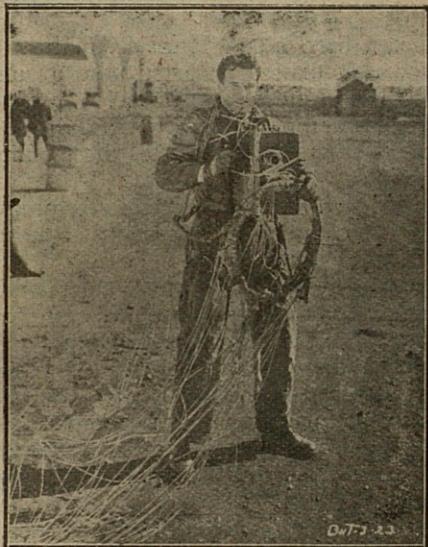
Al enterarse de lo que ocurría, dijo:

—Veamos si lleva usted algo interesante y está dispuesto a venderlo... ¿Quién es usted?

Nick le entregó su tarjeta y le dijo:

—Todo lo que tiene usted que hacer es comprarme este film y colocarme en la compañía.

El jefe miró la película y la adquirió. No estaba mal tomado el descenso del as Croix,



Nick acariciaba alegremente su cámara.

de modo arriesgadísimo y difícil.

—¡Bien muchacho! Parecía prometer...

Mirando a su segundo, le dijo:

—Dé a este joven una oportunidad... a prueba.

—La oportunidad es lo que quiero — dijo Nick.

—Pues si resulta tendrá usted plaza en esta compañía para toda la vida.

Alejóse Allen, y el subjefe consultó unas notas de asuntos próximos a filmar.

—Ya tengo trabajo para usted — dijo a Nick—. Esta mañana se realizarán las pruebas de una nueva bomba automóvil contra incendios. Vea si es usted capaz de tomar esa película.

—Claro que sí...

—Y después ayudará usted a Rousell Mutin a filmar un lavado de ventanas de un edificio de cuarenta pisos... Regrese aquí a las cinco... si no se ha matado antes.

—¡Volveré!...

Y con firme seguridad y optimismo salió del despacho con la cámara al hombro y dispuesto a que le proclamasen el rey de los reporters.

Quiso su buena suerte que fuese amigo de un jefe de bomberos quien le autorizó para subir a la nueva bomba, caso de que éste por incendio tuviera que salir del cuartel.

Y el incendio de aquel día no se hizo esperar, y Nick con su máquina, fué impresionando las diferentes fases del trayecto primero

por el Broadway y luego por la Quinta Avenida.

Llegaron al lugar del siniestro y cuando creyeron encontrar un incendio importante, descubrieron que se trataba de una falsa alarma, pues todo se reducía a un poco de humo que salía de una cuna infantil.

—Ustedes perdonen — dijo el padre de la criatura a los bomberos—. El niño estaba jugando con las cerillas y...

Salieron los bomberos echando fuego.

—¡Y pensar que hemos traído la mejor bomba del mundo para un incendio como éste! — dijeron.

Pero Nick estaba satisfecho. Su propósito estaba ya logrado. Filmar el espectáculo de una bomba automóvil moderna por las calles animadas y peligrosas de la gran ciudad.

Ahora iba a efectuar la segunda parte. Filmar el peligroso lavado de ventanas.

Ascendió al último piso de un rascacielos y se asomó a una ventana desde la que se distinguía el inmenso panorama de Nueva York. Cerca del edificio en otra casa contigua, estaban los obreros que limpiaban los cristales de la fachada con envidiable tranquilidad como si la muerte no les estuviera acechando al menor descuido.

Nick vió cerca de él un reporter de cine sentado sobre un tablón en el vacío a más de dos metros de distancia de la ventana.

Estaba sentado en pleno abismo teniendo debajo la inmensa ciudad.

Nick dejó de sonreir. Aquello comenzaba a ser grave.

—Allen me telefoneó que vendría usted — dijo Rousell, el reporter—. Esto es muy sencillo y excelente para comenzar la carrera. Instálese en ese otro tablón.

Obedeció Nick aterrorizado, yendo a sentarse en un madero que se sostenía en otra ventana.

—Estará usted más cómodo si se quita el abrigo — le dijo sonriente Rousell.

Mas, ¡para quitarse el abrigo estaba el muchacho! Se sentía pronto al vértigo. Toda la tierra desaparecía ante él.

Sentado en el tablón no osaba moverse creyendo irse de un momento a otro hacia abajo.

—¡Vaya con cuidado! — le dijo Rousell—. No se maree que es peligroso.

El joven sacando fuerzas de flaqueza y comprendiendo que del éxito dependía su porvenir, logró dominar el vértigo de las alturas y se hizo la ilusión de que estaba sentado cómodamente en vez de hallarse como era en realidad en el espacio a cuarenta pisos de altura.

Colocó la máquina sobre el tablón y procurando sonreir comenzó a sacar vistas de los obreros que trabajaban sin preocuparse de la peligrosa altura.

Después de cumplido este deber, con el objetivo contempló las casas vecinas, viendo en

una de ellas, escribiendo junto a una ventana, a una muchacha lindísima.

Sonriente y ya más tranquilo dijo a su compañero:

—¿Quiere ver una mujer bonita? Allá, en la ventana.

Rousell llevó el lente a la dirección indicada y sólo vió a una solterona vieja.

—Al otro lado, a la derecha... — le advirtió Nick.

Y Rousell pudo contemplar entonces a una criatura de rostro angelical.

—¡No es fea la niña!

—¡Es la misma gracia de Dios!

Nick que ya había olvidado por completo el miedo, cogió un espejito y como hacía sol comenzó a importunar con su luminoso rayo la hermosa cabeza de la joven.

Esta se levantó para averiguar quién era el causante de la bromita y al ver al joven en el tablón se echó a reír, mirándole con agrado.

Nick con gestos le dió a entender que era muy bonita...

La muchacha se reía, mas de pronto, un caballero ya viejo entró en la estancia de la joven y al verla hablar con el operador cinematográfico, baió furioso la cortina.

Nick y Rousell se echaron a reír... ¿Quién era el viejo cascarrabias?

La joven decía al caballero anciano:

—Pero, papá, ¿por qué te sulfuras de ese modo tan extraño en cuanto ves una cámara?

—Ven y te lo contaré.

Fueron a un saloncito y le mostró el retrato del abuelo, un hombre que llevaba una larguísima barba.

—Tu abuelo, hija mía, era un guapo mozo... aunque algo vanidoso.... Una vez fué a retratarse... Y el estúpido del fotógrafo al hacer estallar el magnesio, armó una explosión tan grande y puso tal cantidad de sustancia en el disparo que quedó completamente chamuscada la barba de tu abuelo...

“Desde entonces el odio más horrible alimentó su alma al ver una cámara fotográfica... Y ahora ya sabes el por qué es una tradición de familia el no retratarse jamás”.

—¡Me parece una tontería! — contestó la muchacha que hubiera deseado que su lindo palmito se perpetuara en la cámara oscura.

Entretanto, cumplida ya su labor, Nick se dirigió a revelar el negativo y algunas horas después se presentaba en la oficina cinematográfica.

Allen vió la película filmada, los incidentes del viaje en la bomba automóvil, la impresionante toma de vista desde una altura de vértigo.

—Lo ha hecho usted bastante bien — le dijo—. Ahora voy a encargarle una cosa de verdadera importancia.

Le mostró un periódico que decía:

UN FAMOSO FINANCIERO SE TRASLADA A LA ESTACION INVERNAL DE
LAGO PLACIDO

A. K. Wellington destruye furioso varias cámaras antes de emprender el viaje, y rehusa toda clase de interviews.

—Su misión será la de retratar a ese hombre — le dijo.

—¡Admirable! — contestó Nick, lleno de optimismo. — Puede usted dar por hecho su retrato.

—No se moleste en volver por aquí si no obtiene la película...

—¡La obtendré! Al pasar por uno de los departamentos, habló con Rousell a quien comunicó la misión que iba cumplir.

—Ese encarguito ha sido la tumba durante diez años de todos los filmadores de noticias que intentaron cumplirlo.

—Pues, ¿qué es lo que ocurre?

—Casi nada... que cuando Wellington ve una cámara se vuelve loco. Mire todo lo que queda de las cámaras que Wellington ha destruido en dos años.

Y abriendo un armario le mostró varias cámaras rotas, inválidas de la lucha contra aquel enemigo de la fotografía.

Nick no se amilanó.

—¡No importa, "nosotros triunfaremos!" — dijo acariciando la cámara que era su compañera.

Y partió seguro de obtener la victoria.

Dos días después en Lago Plácido... estación de invierno para ricos donde a la intemperie hay veinte grados bajo cero y dentro una frialdad de sesenta.

Entre las diferentes personalidades que inviernaban en aquellos parajes estaba Su Alteza Serenísima el príncipe Oscar de Balkania, el cual había tratado cordial amistad con Mary, la hija encantadora del financiero Wellington.

Nick había acudido a Lago Plácido, dispuesto a fotografiar, fuera como fuese, al célebre financiero.

No le conocía ni de vista, pero preguntando se va a Roma y no le sería difícil dar con su personalidad.

Una mañana, mientras el señor Wellington recibía lecciones de uno de los profesores del deporte del patín, su hija Mary se deslizaba maravillosamente por la pista helada.

Nick vió a aquella mujer e inmediatamente la reconoció como a la linda criatura que viera desde su observatorio el primer día de su debut como filmador.

Contento de aquella aparición que hacía más encantador su viaje, se acercó a la preciosa muchachita.

—¿No me reconoce usted? ¿No se acuerda

usted de mí? Pues usted puso sus ojos en mi espejo... — le dijo.

Ella se echó a reír... La vista de la cámara se lo explicó todo. Aquel muchacho era el filmador.

—¡Qué casualidad! — dijo. — Ha venido usted aquí a filmar los deportes de invierno?

—He venido a filmar a un vejestorio deportista.

—¿Quién es?

Ese carcamal de Wellington, terror de todos los filmadores de noticias del mundo.

La muchacha se estremeció. Sintió como propia la ofensa inferida a su padre. Pero intentó disimular la contrariedad que experimentaba al ver que aquel simpático muchacho trataba con tanta desconsideración al financiero.

—Vaya con cuidado con él — le dijo. Creo que nunca se ha dejado retratar.

—Oh, no tema por mí! O le hago un primer término o le rompo las narices!

Ella rió débilmente... Si supiera de quien se trataba...

Apareció el príncipe balkánico, Oscar.

La joven se encargó de efectuar las presentaciones.

—Le presento a Su Alteza, el príncipe Oscar de la Balkanía del Sur...

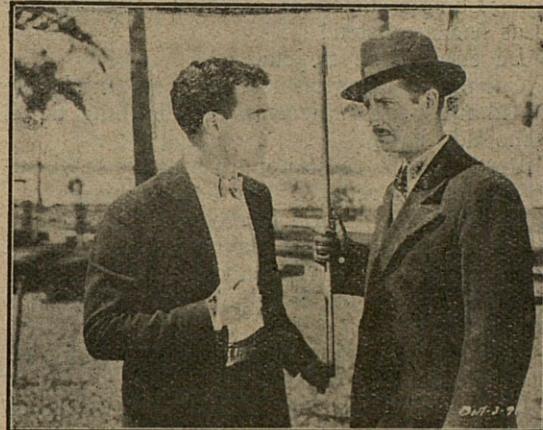
—Encantado de conocerle! Yo soy el filmador de Noticias, Nick del Sur de Nueva York.

Le brindó la mano, pero el príncipe, considerando demasiado vulgar a aquel hombre, le volvió la espalda con cierto desprecio...

Mientras tanto, el señor Wellington seguía en sus entrenamientos. Dijo al profesor:

—Si me da usted un ligero empujoncito, creo que podré llegar hasta donde está mi hija!

El patinador le empujó y Wellington, resbalando, vino a caer sobre su hija y Nick, derribando a los dos en tierra.



Le brindó la mano, pero el príncipe...

Le levantaron...

El financiero pidió mil perdones al joven por el percance.

Mary, sonriente, les presentó.

—Mi padre...

Y alejándose en compañía del príncipe, repitió:

—Mi padre... ¡el señor Wellington!

Nick abrió unos ojos enormes. Tenía ante él al hombre de sus sueños. ¡Y lo había tratado tan duramente delante de su hija!

No quiso perder el tiempo y abrazando al financiero, le dijo:

—¿Conque usted es el señor Wellington? ¡Las hadas existen!

Le entregó su tarjeta.

Cuando Wellington leyó que se trataba de un filmador de noticias pretendió huir de él como del diablo.

Pero Nick le cogió por un brazo y se dispuso a tomar su retrato.

Furioso, Wellington le rechazó:

—¡Déjeme usted! Todavía ha de nacer el hombre que quiera retratarme. ¡No sabe que es tradición de mi familia el no retratarnos jamás?

—¡Sólo es cuestión de un momento, señor!... La molestia es tan escasa...

En vano Wellington intentó huir. ¡Ah, los malditos patines! Apenas daba dos pasos ya estaba de brúces en el suelo.

Por fortuna volvió el príncipe balkánico y Wellington le dijo:

—¿Quiere hacer el favor de acompañarme? Ese hombre se ha propuesto filmarme y yo no lo quiero.

—¡Los hay impertinentes! ¡Con mucho gusto, señor!...

Y sosteniéndole por un brazo se lo llevó lejos de allí, mientras Nick maldecía su mala suerte que le había impedido tomar el retrato del financiero. Pero no se desesperaba...

No podía tardar la fecha de su triunfo de reporter.

Wellington dijo durante el camino al príncipe:

—No vuelvo a ponerme patines en mi vida.

—Hará usted bien. No es deporte para su edad.

—Mañana mismo marcharé de aquí en dirección a La Florida. Reúnase usted, si quiere ir con nosotros.

—Tendré mucho gusto en ser "su huésped" —dijo el príncipe con una sonrisa enigmática.

Y cuando dejó a Wellington fuera del recinto helado, se echó a reír y sus ojos adquirieron un brillo siniestro...

* * *

Palm Beach es una playa de lujo donde para no cometer una pifia social uno debe hablar consigo mismo... y sólo después de haber sido presentado.

Lugar de personalidad de moda, entre los bañistas figuraba Gene Tunney con un grupo de niños a los que estaba enseñando sin duda,

literatura. Y estaba también Gene Sarazen, el gran jugador de "golf".

Wellington hallábase encantado de haber llegado a aquella playa.

—¡Esto me gusta! — dijo a su hija —. En esta playa no se permite la entrada a ningún filmador de películas.

Mientras el financiero paseaba por la orilla rodeado de varias muchachas, su hija Mary platicaba con el príncipe balkánico, hombre que hablaba siempre con cierta languidez aprendida de su tierra.

El financiero ignoraba el peligro en que estaba su físico de ser prontamente reproducido.

Porque Nick, que tenía en el alma el verdadero espíritu del periodista, había logrado averiguar que los Wellington se hallaban en Palm Beach y allí había acudido con su cámara al hombro.

Vestido con traje de baño estaba en la playa bajo un gran toldo sombrilla. Tenía escondida allí su cámara pronta a enfocar al famoso financiero.

Mientras esperaba la ocasión, mataba el ocio leyendo un periódico. Le sorprendió esta noticia:

El famoso financiero Wellington saldrá mañana para la Habana para ultimar una transacción de tabaco por valor de un billón de dólares.

Nick se dispuso a ir a la Habana si fraacasa en Palm Beach. A la otra parte del mundo iría con tal de no fracasar. Además no le desagrada la presencia de la hermosa Mary...

Vió acercarse de pronto a Wellington rodeado de varias muchachas que estaban enamoradas de sus millones.

Las chiquillas le decían:

—¿No quiere usted jugar con nosotras, señor Wellington?

—¡Llámenme Alberto, muchachas... Alberto, a secas! — contestaba el millonario sintiéndose rejuvenecido.

Estaban junto al toldo bajo el cual Nick preparaba la máquina. Pero, ¡oh desgracia!... El objetivo puesto en el suelo, sólo recogía las piernas de Wellington y de las bellas... Desde allí no se podía filmar el cuerpo entero.

Wellington y sus amigas se alejaron saltando hacia el mar y el joven reporter se dispuso a salir de su escondite.

Mary, que había dejado al príncipe, descubrió a Nick y corrió hacia él contemplándole de modo airado.

—Hágame el favor de renunciar a filmar a mi padre — le dijo —. ¿No sabe que nadie lo ha conseguido?

—¿Qué importa? Siéntese, señorita y pensaré en algo convincente que me disculpe.

La joven obedeció y el reporter le dijo mirándola con verdadera admiración:

—A mí me encantaría dar esto por terminado... pero es el propio autor de sus días el

que nos tiene siempre en movimiento.

—Pues creo que hace usted mal en molestar así a papá.

—Lo lamento, pero tengo que llevármelo en estífige vivo o muerto.

—¿Tan grave es el asunto?

—Figúrese que depende de él mi porvenir. Lea usted.

Nick Taylor

Alma Hotel

Palm Beach, Florida

No hay dinero. Si carece de fondos venga cámara. Si no ha filmado a Wellington no regrese.

Allen

—¿No comprende el compromiso? Para mí es una cuestión sagrada y he de cumplirlo, aunque para ello haya de hacer sufrir a esta monada de criatura que tengo delante.

—Es usted poco galante...

—Todo lo contrario! ¿No me quiere ayudar? Si usted quisiera triunfaría en mi deseo.

—No puedo ayudarle en nada... y si no anda usted con cuidado, mi papá le destrozará la cámara.

—Correré el riesgo. He filmado caras más chocantes que las suyas y nada me ha ocurrido.

—Qué empeño tan absurdo!

—Compréndalo; su padre es un hombre público... el público quiere verlo en el cine... y yo trabajo para el público.

—¡Bueno! ¡No me es usted simpático! ¡Allá usted! Le auguro un fracaso completo.

—¡Todo lo contrario, señorita!...

Mary alejóse furiosa mientras Nick reco-



Mary, que había dejado al príncipe...

giendo la cámara se disponía a continuar sus persecuciones.

El príncipe de los Balkanes había descubier-

tó a Nick... y corrió a denunciarlo a un guardia.

Un policía ordenó a Nick abandonarse inmediatamente la playa. Los filmadores tenían prohibida la entrada allí...

Y con la máquina a cuestas el reporter tuvo que alejarse, pero sin dudar que el éxito coronaría su obra.

El príncipe fué a hablar con Mary y le dijo:

—Ese insolente y holgazán reporter cinematográfico no la molestará más. He hecho que lo expulsasen de la playa.

La joven miró airada al príncipe. Por primera vez, de manera inconsciente, sintió que hubieran causado daño al reporter... ya que a pesar de su terquedad no dejaba de ser un muchacho interesante.

—¿Y quién le ha dado a usted la playa? —dijo—. ¡Usted es el holgazán! ¡Ese muchacho trabaja para el público!

—Pero, Mary, como yo ví que usted discutía con él, creí...

—¡No quiero volver a verle en mi vida! ¡Y estoy segura de que algo parecido les pasa a los surbalkánicos!

Y mirándole con altivez fué a reunirse con su padre.

El príncipe alejóse sonriente y fué a reunirse con un caballero que había pasado toda la tarde por la playa.

Oscar le dijo:

—¿Conoce usted ya bien a la familia Wellington?

—Sí... y también conozco sus planes de viaje. Deja ya de acompañarlos.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Te vuelves a Nueva York...

El príncipe se dispuso a obedecer y el otro caballero contempló con ojos burlones el mar bañado de sol.

* * *

Días después un vapor llegaba a la Habana, la ciudad hermosa.

Los Wellington se disponían a desembarcar y admiraban aquel sol de oro en un mar de turquesa, y el guardián del puerto, el Castillo del Morro.

Nick había penetrado de matute en el vapor, pero al ser descubierto por unos oficiales, fué obligado a servir como tripulante para pagarse el viaje.

Poco antes de desembarcar, Nick, que no había sido visto por los Wellington, preguntó a un oficial:

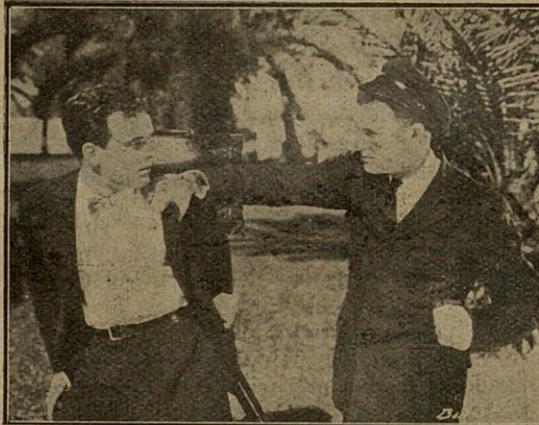
—¿Cuándo me devolverá usted la cámara, almirante?

—Como se ha ganado usted el pasaje no tengo inconveniente en devolvérsela.

Nick pudo desembarcar, pues, con supreciado tesoro al hombro y siguió por las calles

concurridas de la Habana el paso de Wellington y de su hija que hablaban con el representante en Cuba del financiero.

Como Wellington y sus acompañantes se habían detenido en plena calle, hizo lo propio Nick hasta que un policía le ordenó que no se parase pues estorbaba la circulación.



...el reporter tuvo que alejarse...

Obedeció a regañadientes y al ver subir a los Wellington en un automóvil, montó en un taxi de alquiler y ordenó seguirles.

Los Wellington llegaron a una finca situada en los alrededores de la ciudad, que tenía magníficos campos de tabaco.

El representante explicaba al financiero:

—Este campo produce las hojas más finas y aromáticas de la isla.

Nick espiaba por los alrededores de la finca. Pagó al chofer dando las últimas monedas que le quedaban.

Si ahora no triunfaba, era cuestión de lanzarse al mar.

Esperó allí, pronto a buscar una ocasión para retratar a Wellington, y escapar.

Wellington, durante su permanencia en Cuba, se hospedaría en la plantación.

Momentos después de haber llegado, recibió el financiero la visita de un caballero de aspecto distinguido, el mismo que había hablado en Palm Beach con el príncipe, quien se hizo anunciar con el nombre de Iván Vodkoff con residencia en Sofía y París.

Tras los saludos de rúbrica, el señor Vodkoff dijo al financiero y a su hija:

—Señor Wellington, el príncipe Oscar de Sudbalkania me recomendó que viniera a verle. He descubierto una curiosa y rara pintura del duque Wellington en que el parecido familiar con usted es sorprendente.

—¡Qué curioso! —dijo el financiero—. ¡Me gustaría ver ese retrato!... Con frecuencia oía a mi padre hablar del duque.

—Es el único tesoro que conserva una distinguida familia española en un tiempo muy acaudalada. Mi automóvil está a su disposición. Podríamos partir en seguida para verlo.

—Con mucho gusto.

Momentos después, Wellington, su hija y Vodkoff embarcaban en una lancha...

Nick, que seguía sus pesquisas, descubrió la marcha y saltando a otro bote dijo al marinero:

—¡A toda marcha! ¡Siga aquel barquito! ¡Un yate le regalo si le alcanzamos!

La lancha que conducía a los Wellington paró ante una isla desierta. Vodkoff acompañó a sus huéspedes a una casa oculta entre las rocas.

Un mestizo les franqueó la entrada...

La estancia rezumaba humedad... ¿Era posible que allí estuviese aquel célebre cuadro?

Y de pronto cuando más distraídos estaban Wellington y su hija, Vodkoff, a quien el mestizo había dado una pistola, les encañonó con el arma obligándoles a levantar las manos.

La sorpresa más inaudita se pintó en las facciones de los engañados. Dios ¿qué quería decir todo aquello?

Mary estaba aterrorizada...

Vodkoff y el mestizo ataron fuertemente a sus dos prisioneros. Incapaces ya de moverse y como Wellington pretendiera gritar, Vodkoff dijo riendo:

—¡Grite cuanto quiera! ¡Nadie acudirá!

—¿Qué quiere usted? ¿Qué se propone?

Vodkoff leyó a Wellington una carta.

Sr. L. Simmond

Representante de la Casa Wellington en Cuba
Por la presente nota queda usted autorizado

para entregar al portador Sr. Iván Vodkoff, la suma de doscientos mil dólares con cargo a mi cuenta personal.

Muy atentamente.

—Debe usted firmar esta carta... y ya no le volveré a molestar. ¿Qué serán para usted doscientos mil dólares de menos?... ¡Ah, mi plan ha tenido éxito!... Ustedes los millonarios son fáciles de engañar. Mi criado fué agasajado por usted como príncipe Oscar.

—¿Oscar de Balkania? —dijo Mary.

—¡El mismo! Era mi criado. El me enteró de muchas cosas de ustedes. Pero no hay que perder tiempo. ¡Firme usted!

—¡No! —dijo Wellington.

—Si se niega a firmar esa orden, encenderé la mecha y esta cueva será la tumba de usted y de su hija.

—¡No!

—Ahora verá!

Cogió unos barriles de dinamita y encendió la mecha. Cinco minutos más tarde la cueva saltaría en explosión.

Mientras tanto, Nick había llegado a la isla y audazmente se internó en la cueva. Buscaba a Wellington...

Protegido por la oscuridad llegó hasta la estancia donde se hallaban los prisioneros y quedó sorprendido al verles atados.

Indudablemente habían caído en una emboscada.

No vaciló; era audaz en todas las cosas.

Cogió una piedra y la lanzó contra la linterna...

La estancia quedó casi a oscuras.

Vodkoff y el mestizo fueron a ver qué había ocurrido y Nick lanzóse sobre ellos.

Los dos hombres se defendieron enérgicamente, pero tuvieron que sucumbir ante la mayor habilidad del mozo; quien, apoderándose del revólver, les obligó a rendirse.

Sonriente desató a Wellington y a su hija, ordenando a los bandidos saliesen al exterior.

Ya allí, el millonario dijo a Nick sin poder ocultar la inmensa alegría que experimentaba por su intervención:

—¿Cómo podré recompensarle?

—La única razón de salvarle la vida ha sido una película — contestó Nick.

—¡Filmeme usted! ¡Se lo tiene bien ganado!

Sonriente Nick dió su revólver a Mary para que mantuviera a raya a los dos ladrones, y con la cámara filmó a Wellington, quien mordisqueando un puro dejó que por primera vez en la vida le retratasen.

La victoria había sido completa...

Y Mary sonreía al triunfador con cariño de mujer...

El mismo bote les volvió a la ciudad.

Los dos bandidos fueron entregados a las autoridades. Y no tardó en caer bajo la ley el supuesto príncipe Oscar.

Los Wellington regresaron a su patria con Nick.

La prensa hablaba de la aventura, con grandes titulares:

Un filmador de películas captura a un peligroso ladrón internacional. Nick Taylor desbarata los planes de una banda de estafadores internacionales, tratando de filmar al millonario Wellington.

En el puerto les esperaba una gran multitud.

Allen, el jefe de la casa de películas, abrazó a Nick y le dijo:

—¡Estaba bien seguro de que haría de ti un hombre famoso!

Los operadores retrataron a Nick cuando éste bajaba la pasarela del brazo de Mary.

Porque su mayor triunfo había sido éste: conquistar el corazón de la muchacha y hacer que ella durante la travesía le diera el ansiado sí.

El éxito de Nick era definitivo. ¡Casado con la hija de un millonario!

Wellington estaba contento por la próxima boda; ya no odiaba a los filmadores de películas y cuando desembarcó se puso ante las máquinas para que le fotografiaran.

Pero los operadores le rogaron que se apartase para retratar a lo que ahora tenía mayor interés: la pareja que formaban Nick, el humilde compañero elevado a la gloria y la hermosa Mary, la novia ganada con el valor del corazón.

FIN

GRAN EXITO del
Número Almanaque
de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

para

1929

Alarde de buen gusto artístico y literario, como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para colecciónar las postales de L. N. S. C. de 1928

B.